

Entrevista con Adolfo Bioy Casares

Reina Roffé

Mis primas, los domingos

–Se dice de usted que ha sido un escritor y un amante precoz.

–En cierto sentido, sí, porque empecé a escribir desde chico. Cuando aprendí las primeras letras, ya quise hacer un cuento. Lo primero que escribí –tenía yo, por entonces, unos diez años– fue para despertar la admiración de mis primas y, sobre todo, para conquistar a una de ellas. Recuerdo que plagué a uno de sus autores favoritos, Gyp; pero, de todos modos, logré una narración muy mala. Tenía el nombre de dos mujeres como título, ahora no lo recuerdo.

–Es un comienzo que tiene la resonancia de unos versos de Francisco López Merino, ese poeta platense que tuvo una muerte trágica, se suicidó a los 24 años, en 1928.

–Usted se refiere al poema «Mis primas, los domingos», ¿verdad?

–Sí. Creo que dice: «Mis primas, los domingos, vienen a cortar rosas/ y a pedirme algún libro de versos en francés./ Caminan sobre el césped del jardín, cortan flores/ y se van de la mano de Musset o Samain».

–Tiene razón, algo parecido hay entre lo que sugiere este poema y los motivos que me llevaron a escribir, ahora recuerdo, esa mala novela de amor que llamé *Iris y Margarita*, tratando de imitar *Petit Bob* de Gyp.

–López Merino también escribió un poema, llamado «Estampa», que parece un anticipo, por su similitud, del «Poema 15» de Pablo Neruda. Es curioso, pero «Estampa» comienza así: «Siempre estás como ausente de la tarde ¿qué lago/ invisible y lejano recogerá tu imagen?»

–Yo ya no recordaba esos versos de «Estampa». Recuerdo, sin embargo, que Borges le dedicó un poema a López Merino.

–Un poema que concluye: «...es ligera tu muerte,/ como los versos en que siempre están esperándonos,/ entonces no profanarán tu tiniebla/ estas amistades que invocan». Me estoy poniendo muy poética. Creo que es mejor retomar el tema de sus inicios, ¿qué pasó después de aquel relato fallido que escribió para una de sus primas?

–Cuatro años después, como a los catorce ó quince, escribí un cuento fantástico y de corte policial.

–¿Fantástico o de corte policial?

–Bueno, yo pienso que hay una relación estrecha entre lo fantástico y lo policial. Ambos géneros presentan situaciones bastante inverosímiles. Además, tanto el uno como el otro requieren de un argumento muy preciso que se atenga a una estructura también muy precisa. Son géneros, el fantástico como el policial, que se ajustan a las reglas clásicas de la narración y, por lo tanto, enseñan mucho a desarrollar las aptitudes de un escritor joven, porque le sirven de aprendizaje para abordar, más tarde, otras iniciativas.

–¿Y llevó a buen término el cuento fantástico y policial?

–Más o menos. Mi intención era castigarme, porque pensaba que yo era muy presumido. Por eso escribí ese cuento, que titulé «Vanidad o Una aventura terrorífica» y en el que hacía una especie de autocrítica por mi comportamiento.

El consejo maternal

–Hay en su estudio libros que no sólo desbordan las estanterías de la biblioteca, sino que están sobre las sillas, las mesas, incluso sobre el sofá. También hay un gran número de fotografías y de objetos curiosos, que dan lugar a imaginar que provienen de sitios lejanos y exóticos.

–Muchos de estos libros pertenecían a mis padres. Eran grandes lectores. Me dejaron una extraordinaria colección de libros franceses.

–¿Cómo eran ellos? Empecemos por su madre, Marta Casares.

—Mi madre murió con la duda de si yo había elegido bien mi vocación. Cuando dejé la carrera de Derecho, supongo que se llevó un disgusto. Claro que, después, entré en la Facultad de Filosofía y Letras, pero también abandoné pronto esos estudios, porque yo quería dedicarme nada más que a escribir. Escribir, en aquella época como en la actual, no garantiza nada. Por otra parte, mi madre siempre me decía que me cuidara de las mujeres. Temía que me devoraran. Benjamín Constant, el autor de *Adolfo*, libro que lleva mi nombre, había padecido terriblemente su relación amorosa con Madame de Staël. Creo que mi madre relacionaba la historia de Constant con ciertos aspectos de la mía, y quería evitarme todo dolor. La idea que ella tenía de la vida era que debía ser como una obra de arte hermosa. Sin embargo, había leído a Marco Aurelio; y su concepción de la vida estaba basada en la filosofía estoica. Siempre ponía como ejemplo a su hermano, es decir, a mi tío. Una vez mi tío se había quemado la mano con un enchufe, produciéndose una quemadura de segundo grado. Como en la casa había gente, él disimuló el dolor. La gente que estaba reunida le pidió que tocara el piano; luego, el órgano. Y así lo hizo, incansablemente, con su mano quemada. Había que sobreponerse a todo. Ése era un poco el lema. Por eso, cuando estoy mal, pienso en mi madre y me repongo.

—¿Y su padre?

—Mi padre recitaba versos, lo hacía muy bien. Recitaba el *Martín Fierro*, *El ombú* de Luis Domínguez, el *Fausto* de Estanislao del Campo y a muchos otros autores criollos. Gracias a él tengo el oído acostumbrado a la musicalidad de la poesía y puedo reconocer de inmediato su métrica. Él siempre quiso ser escritor, pero fue abogado. Escribió dos libros de memorias, *Antes del Novecientos* y *Años de Mocedad*, y tenía un tercero que no pudo acabar antes de morir.

—¿Cuáles fueron sus lecturas?

—He leído un poco de todo. La Biblia, el *Quijote*, a los dramaturgos españoles del Siglo de Oro, la *Divina Comedia*. He leído, desde luego, la obra de Shakespeare, de Giovanni Papini, de Apollinaire, de Montaigne, de Pascal y de Descartes. También a Proust, a Wells, a Conrad, a Chesterton, a Shaw, a Kipling. Y, por consejo de mi madre, a Epicteto, a Marco Aurelio y a Séneca. Pero dicho así, parecen sólo nombres. En realidad, cada período de mi vida está marcado por obras y escritores diversos. Kafka, en un momento, ocupó muchas de mis horas de lectura, igual que Joyce.

–*¿Qué es la literatura para usted?*

–Lo más intenso de la vida.

–*¿Ha escrito todo lo que se ha propuesto?*

–No, yo he abandonado varios proyectos de novelas y cuentos, porque nunca he querido forzar lo que no sale. También es cierto que algunos de esos proyectos los retomé años más tarde y llegaron a su fin. Caminando un día con Borges, en 1932 ó 1933, le conté el argumento de «El perjurio de la nieve», pero muy por el aire. La narración, lo que yo había imaginado, tenía enormes baches no resueltos. La cosa quedó ahí y, por supuesto, el cuento no avanzó. Después de diez años de relatarle a Borges estas ideas vagas mientras paseábamos, pude, al fin, en una noche, redondear mentalmente la historia de «El perjurio de la nieve» y, a la mañana siguiente, lo escribí.

–*¿Cuándo conoció a Jorge Luis Borges?*

–A finales de 1931, en la casa de Victoria Ocampo.

–*¿Paseaban juntos con frecuencia?*

–Lo que hacíamos era caminar por barrios de Buenos Aires y entre casitas y quintas de Adrogué. Grandes caminatas para conversar sobre autores, obras y tramas posibles de futuros libros.

El cuento del tío

–*¿Dónde y cómo escribe?*

–En cualquier sitio, a condición de estar solo. No soy de los que pueden hacerlo en un café. Escribo a mano y luego lo paso a máquina. Hago muchas correcciones. Pero, con más frecuencia de la que me gustaría, me hago trampas para no escribir. Pienso, por ejemplo, la fruta que hay en casa no es suficiente para el almuerzo de hoy. Entonces, dejo todo y salgo corriendo a la frutería.

–*A pesar de las trampas, usted tiene mucha obra escrita.*

– No, por favor, comparado con los escritores europeos no tengo nada.

– *Hace años que usted está casado con Silvina Ocampo.*

– Sí, a Silvina le debo mucho. En primer lugar, el hecho de ser escritor. Ella me convenció de que debía dedicarme a escribir.

– *¿Cómo se las arregla una pareja de escritores?*

– La buena educación indica que no se debe molestar al otro con lo de uno todo el tiempo, consultándole palabras o el título de un cuento, de una novela. Especialmente, consultándole los títulos de los libros, que son tan difíciles de lograr. Aunque, desde luego, siempre se consulta algo, se muestra alguna página o se charla sobre el final de un texto.

– *¿Y a sus amigos usted les lee lo que escribe antes de mandarlo a la editorial o a la imprenta?*

– Nunca he sometido a mis amigos a que me oigan. En 1940, con Borges, pensamos en hacer un Club de Escritores para leernos unos a otros. Por suerte, esta idea no prosperó. Comprendimos, a tiempo, el suplicio que podía llegar a ser esto. También pensamos en crear un Club de Cuentistas. Este Club consistía en elegir, por votación, al Presidente, el cual estaba obligado a realizar una antología anual con los cuentos de los miembros del grupo y, además, con narradores que estaban fuera del grupo, quienes, al ser publicados en la antología, pasaban, inmediatamente, a formar parte del Club de Cuentistas. Lo teníamos bastante organizado, y muy democráticamente, pues cada año, por sorteo, íbamos a elegir a un nuevo Presidente, etc. etc. Bueno, cuando todo ya estaba en marcha, nos citó la policía para que le informáramos en qué consistía el Club. La idea que se hicieron fue que era algo así como el Club del Cuento del Tío. En consecuencia, nos asustamos y la cosa concluyó ahí.

Los fantoches de Flaubert

– *¿Está de acuerdo con quienes dicen que La invención de Morel es su libro más conocido, más leído?*

– En realidad empezó a ser leído cuando un director de cine francés se entusiasmó con esta novela y realizó un filme basado en el argumento. El filme se estrenó en 1967. A raíz de la película, el libro se vendió mucho en Francia, todo lo que no se había vendido desde que apareció, en 1940, hasta bien